

---

## Ethos barroco para la identificación nuestraamericana

Juan Ignacio Malnis<sup>7</sup>

Desmarcándose de los paradigmas positivistas, la presente reflexión asumirá, abiertamente, su objetivo político: la construcción de Nuestra América.<sup>8</sup> Creemos, en este sentido, que, así como no existe ciencia sin política, tampoco puede haber liberación sin la integración de nuestros pueblos.

Revelado el horizonte más amplio del trabajo, podemos ya expresar sus intenciones y alcances específicos. En este breve espacio, discutiremos en torno a una dimensión particular de integración, a la que podríamos llamar identitaria o, de modo más romántico, “de alma”. Esto supone, a grandes rasgos, la indispensable unión de nuestras narrativas colectivas bajo un mismo paraguas, aquéllas que el discurso nacionalista supo tan eficientemente balcanizar. Frente a este desmembramiento “nacional”, buscaremos aportar a la edificación de un contradiscurso identitario, que *imagine* una Patria Grande, que *realice* una Nuestra América unida en su diversidad.

Con este propósito en mente, nos adentraremos en el mundo hermenéutico del filósofo Bolívar Echeverría (1998/2000) para poder recuperar una noción clave de su pensamiento: el *ethos barroco*. Procuraremos, de esta manera, entremezclando sus palabras y las nuestras, significar y utilizar al *ethos barroco* como una de las metáforas-plataformas posibles para expresar (y apuntalar) la identidad nuestraamericana.

### Ethos y arte barroco

El ethos histórico es uno de los conceptos más jugosos y polisémicos del entramado teórico de Bolívar Echeverría (1998/2000). A lo largo del texto, Bolívar (1998/2000) lo va definiendo como “modo de vivir” (p. 11), como “estilo” (p. 13), como “paradigma” (p. 13), como un “tipo de humanidad” (p. 121), como “todo un principio de organización de la vida social y de construcción del mundo de la vida” (p. 162), como un “proyecto de construcción de una ‘morada’ para una cierta afirmación de lo humano” (p. 162), como un “comportamiento social estructural” (p. 37) “que asegura la armonía usual de la existencia cotidiana” (p. 109), entre otras significaciones. Sintetizándolas, podemos decir que se trata de un concepto que es a la vez “refugio (uso, costumbre o comportamiento automático; una presencia del mundo en nosotros)” y “arma (carácter, personalidad o modo de ser; una presencia de nosotros en el mundo)” (Echeverría, 1998/2000, pp. 37, 162). Un concepto que nuestro filósofo utiliza como mediador entre la historia económica y la historia cultural, para dar cuenta de que, a través de él, la cultura se realiza (Echeverría, 1998/2000, pp. 12, 163).

Este ethos histórico tiene, sin embargo, una tarea específica: es una “estrategia destinada a disolver, no a solucionar [...] la contradicción específica de la existencia social en una época determinada” (Echeverría, 1998/2000, pp. 37, 13). ¿Cuál es entonces, para Bolívar, la contradicción específica de la época moderna, de la cual las/os seres humanos/os deben refugiarse, contra la cual deben armarse? El capitalismo.<sup>9</sup> “Al no poder escaparse de este modo de ser en la vida práctica” (Echeverría, 1998/2000, p. 168), afirma, al interpretarlo como “hecho inevitable” (p. 109), las personas deben integrar al capitalismo “en la construcción espontánea del mundo de la vida” (p. 38), justamente para asegurarse esa armonía usual de su existencia cotidiana. En otras palabras, un intento de “hacer vivible lo invivable” de la modernidad (Echeverría, 1998/2000, p. 37).

Esta “internalización” del capitalismo puede ser llevada adelante de distintas maneras, lo que da lugar a diferentes versiones del ethos moderno. De estos posibles arquetipos de humanidad, nuestro filósofo resalta cuatro, de los cuales nos quedaremos sólo con uno: el ethos barroco.<sup>10</sup>

---

<sup>7</sup> Licenciado en Relaciones Internacionales, maestrando en Estudios latinoamericanos y del Caribe (GJI-IRI, UNLP).

<sup>8</sup> Es decir, de América Latina y el Caribe, pero dicho desde el más profundo cariño martiano (Martí, 1891/1992).

<sup>9</sup> Según el autor, la contradicción capitalista por excelencia es la que se entabla entre “dos dinámicas simultáneas que mueven la vida social: la de ésta en tanto que es un proceso de trabajo y disfrute referido a valores de uso [objetos útiles], por un lado, y la de la reproducción de su riqueza, en tanto que es un proceso de ‘valorización del valor abstracto’ o acumulación de capital, por otro” (Echeverría, 1998/2000, p. 168). Un conflicto en el cual la racionalidad capitalista “sacrifica” constantemente la primera [la vida en tanto disfrute, en tanto satisfactora de necesidades] a la segunda [la vida en tanto valorización eterna del capital] y la “somete” a ella (Echeverría, 1998/2000, p. 109). Esta contradicción hace que el capitalismo entre en conflicto con la propia modernidad: es una herramienta que “niega” e impide justamente aquello para lo cual es utilizada (la “posibilidad de una existencia abundante y emancipada”) (Echeverría, 1998/2000, pp. 147, 149).

<sup>10</sup> Los otros *ethos* modernos serían el *realista*, el *romántico* y el *clásico*.

A diferencia del resto, el modo de vivir barroco es el único de los *ethos* modernos que, a pesar de interiorizar al capitalismo y de considerarlo inevitable –como también lo hacen los demás–, lo mantiene siempre como “inaceptable y ajeno” (Echeverría, 1998/2000, p. 39). Es decir, en lugar de intentar resolver la contradicción e intentar superarla, el *ethos* barroco busca desrealizarla; transfigurar en fantasía “el hecho en el que el valor de uso es sometido y subordinado al valor económico” (Echeverría, 1998/2000, p. 195). De esta manera, ni sacrifica el primero ni se rebela contra el segundo, sino que toma partido –absurdamente– por los dos contrarios a la vez (Echeverría, 1998/2000, p. 176).

Se inclina entonces por la alternativa “ni”, la del tercero excluido (“*tertium datur*”): elige la tercera posibilidad de poner el mundo (contradictorio e inaceptable) entre paréntesis, de ponerlo en escena, de teatralizarlo, para poder “vivir otro mundo dentro de ese mundo” (Echeverría, 1998/2000, pp. 175-176). El *ethos* barroco prefiere situar su vida en una realidad-otra, de segundo nivel, que tendría a la “realidad primaria [la capitalista] en calidad de sustrato reelaborado por ella”, quedando así el conflicto fundamental suspendido y trascendido (Echeverría, 1998/2000, p. 177). Se trata, dirá Bolívar basándose en Baltasar Gracián, de “un ‘saber vivir’ cuyo secreto estará en ‘saber dar la espalda’ a todo aquello que pueda perturbar” (Echeverría, 1998/2000, p. 178); de un comportamiento cuyo objetivo es la aprobación de la vida aun dentro de la muerte (p. 39). En definitiva, de una invención de la vida aún dentro de las lógicas capitalistas.

Esta “desrealización” que el *ethos* barroco utiliza para “soportar” al capitalismo es llevada a cabo a través de un instrumento especial: el arte. La desrealización del mundo contradictorio es, para el autor, de orden estético (Echeverría, 1998/2000, p. 185); una que construye la realidad cotidiana de tal manera “que vuelve fluidos los límites entre el mundo real y el mundo de la ilusión” (p. 195).

Sin ánimo de entrar en detalles, podemos decir que el arte barroco consta, a grandes rasgos y siguiendo los planteos de Bolívar, de dos niveles. Un primer nivel en el que, frente al agotamiento de los cánones grecolatinos (“clásicos”) y a la imposibilidad de salir de ellos (ya que son percibidos como la “única fuente posible de sentido objetivo”) (Echeverría, 1998/2000, p. 45), la voluntad de forma barroca busca despertar la pasión oculta que supone dormida en ellos (p. 76); restaurar “una vitalidad sin la cual la suya propia carecería de sustento” (p. 111). Situación que nos encamina al segundo nivel, en el que esta “puesta a prueba del canon clásico se convierte imperceptiblemente en una re-constitución del mismo” (Echeverría, 1998/2000, p. 94): al sobrexigirlo tanto, al llevarlo a un juego tan inusitado para él, lo obliga a ir más allá de sí mismo (pp. 93-94), y lo termina modificando significativamente, dando forma a algo nuevo que no es simple derivado, sino que tiene un sesgo propio (p. 111).

Estos impulsos obstinados de revitalización –que terminan por otorgar una vida nueva– se reflejan en la característica más palpable del arte barroco: la decoración. La estetización barroca “presenta en tal medida una exageración del momento ornamental o retórico de la obra de arte, que el otro momento, el que corresponde a su función esencial de representar el mundo, queda en mayor o menor medida supeditado a él” (Echeverría, 1998/2000, p. 207). Puede hasta concebirse al arte barroco (y al *ethos* moderno que se halla detrás) como una decoración liberada, que pierde “la cosa” en su follaje y que, sin dejar de ser un medio, se convierte en un fin (p. 210). Una decoración que se transforma en otra obra dentro de la obra que ornamenta (Echeverría, 1998/2000, p. 210). De esta manera, el ornamento cumple de tal manera su función “secundaria” que lleva a la percepción a confundirlo con la “primaria”; a inducir “en el espectador una inseguridad inquietante cuando debe repartir las funciones de determinante y sobredeterminante entre lo sustancial y lo accesorio” (Echeverría, 1998/2000, p. 211).

Aprovechando esta indeterminación entre lo real y lo ficticio, entre lo esencial y lo anexo, la representación barroca –a la hora de construir el mundo– suprime la “realidad” del conflicto y la contradicción modernos (“la cosa” que se pierde en el follaje). “Exactamente lo mismo que el ornamento hace con su tarea de apoyar el contenido de la obra, la representación artística hace con su tarea de ‘reproducir la realidad’” (Echeverría, 1998/2000, p. 212). El *ethos* barroco “decora” al mundo, lo pone en escena, lo vuelve un teatro. Teatralizando el mundo de la vida, transfigura “en placeres los que avían de ser pesares [sic]”, como diría Baltasar Gracián (Echeverría, 1998/2000, p. 173). Dota de una “realidad” revocable todos los inaceptables de la inevitabilidad capitalista (Echeverría, 1998/2000, p. 195).

Porque “la obra que produce no se pone frente a la vida, como reproducción o retrato de ella: se pone en lugar de la vida, como una transformación de la vida; no trae consigo una imagen del mundo sino una “sustitución”, un simulacro del mundo” (Echeverría, 1998/2000, p. 213). Así, crea otro mundo dentro del mundo, el mundo como teatro, donde toda acción es una escenificación y donde la/el ser humana/o vive creándose como personaje (Echeverría, 1998/2000, p. 195). El *ethos* barroco decora tan exageradamente al capitalismo que lo termina transformando en otra cosa; sin salirse, empero, de él.

## Nuestramérica barroca

Ahora bien, descendamos un poco el nivel de abstracción y vayámonos adentrando en la historia concreta de nuestra región. Entendemos al ethos barroco, entonces, como una manera específica de construir y de vivir el mundo moderno, que teatraliza el “hecho” capitalista y desrealiza sus contradicciones. Según Bolívar, este comportamiento fue estructural al siglo XVII, sobre todo –y especialmente– en las tierras nustramericanas.

Nuestro filósofo adjetiva este período de “hegemonía” del ethos barroco en la constitución de la vida moderna (el “largo siglo XVII”, que comenzaría a fines de siglo XVI y decaería a mediados del XVIII (Echeverría, 1998/2000, p. 59)), como un período de transición. En él se daría como una especie de “dominio compartido”, de “empate radical entre dos universos de sentido”, en el que ninguno de los dos, ni lo tradicional que declinaba, ni lo nuevo que emergía, tenía la fuerza para imponerse sobre el otro (Echeverría, 1998/2000, p. 128, 175). Se vivía el “fenómeno paradójico de una paz dentro de la guerra, [...] en la que los contrincantes, en lugar de aniquilarse entre sí, se fortalecían mutuamente” (Echeverría, 1998/2000, p. 127).

En este contexto suspendido, donde “lo viejo –en decadencia pero dominante– y lo nuevo –emergente pero sometido–” (Echeverría, 1998/2000, p. 123) convivían conflictivamente en un “mismo” escenario e incluso en unos “mismos” actores (p. 126), el “acto de elegir resultaba especialmente problemático” (p. 174). Lo que imperaba era una suerte de ambivalencia general, que impedía a cada paso la adjudicación de las categorías “necesario” y “accesorio” a las cosas y acciones del mundo de la vida (Echeverría, 1998/2000, p. 174). Esta situación de indefinición, ambigüedad y empate sentó las bases para la configuración de la elección barroca, es decir, para la elección por el “ni”.

Ni olvidando, ni regresando, sino inclinándose para ambos lados a la vez, el ethos barroco de nuestras geografías fue conformando lo que Bolívar llama “la especificidad o singularidad de la cultura latinoamericana del siglo XVII” (Echeverría, 1998/2000, p. 58). Podemos decir, por lo tanto, que Nuestramérica va a engendrarse con “alma barroca”, sobre todo gracias a la trascendencia creadora de dos proyectos, contemporáneos entre sí: el proyecto criollo o mestizo y el proyecto jesuita. Aquí, por causas de espacio y pertinencia, analizaremos solamente el primero, que es más abarcativo que el segundo.

El proyecto mestizo es sustancial a la “historia grande” de Nuestramérica (Echeverría, 1998/2000, p. 58). Implica, para nuestro ecuatoriano-mexicano, el momento de creación de una diferencia, de una identidad-otra con respecto a todas las conocidas hasta entonces. Esta proyección de Nuestramérica en el mundo nace a fines de siglo XVI, justamente fruto de una situación de paz dentro de la guerra: tanto la civilización americana como la europea en América se encontraban sufriendo una profunda “crisis”. La una, por conocidas razones, estaba casi destruida y diezmada, quedando sólo algunos “restos inconexos y agonizantes”, por lo que no había posibilidad alguna de prevalecer sobre el universo de significados europeo (Echeverría, 1998/2000, p. 53). La otra, aunque vencedora y dominante, no estaba en condiciones de silenciar o apartar completamente el código americano y a la vez de autorreproducirse como civilización (factible) en América, por lo que su existencia misma también se veía amenazada (Echeverría, 1998/2000, p. 53).

Este contexto de empate radical, donde ambos grupos de significaciones carecían de fuerza para imponerse sobre el otro, dificultaba en demasía la toma de partido. Para la población mayoritaria (“compuesta lo mismo por los sobrevivientes indígenas [...], que por negros, mulatos y mestizos de toda especie y hasta por criollos venidos a menos” (Echeverría, 1998/2000, pp. 179-180)), la imposibilidad de disputar la supremacía del esquema europeo en la organización de la vida cotidiana (p. 53-54) daba lugar a una clara disyuntiva: las opciones eran someterse o rebelarse. La primera opción implicaba una especie de traición a las formas culturales propias, una “renuncia a uno mismo” que se veía como “el precio que era necesario pagar por mantener la existencia física” (Echeverría, 1998/2000, p. 180). La segunda, la elección por la resistencia al poder establecido y la fidelidad a un modo de ser auténtico, veía en la “muerte física” –es decir, “el replegarse en sí mismo, alejarse del proceso civilizatorio y refugiarse en lo inhóspito”– la única manera de “rescatar lo principal de la vida” (Echeverría, 1998/2000, p. 180).

Enfrentadas/os a este dilema, las/os americanas/os dominadas/os terminaron inclinándose por la opción barroca: en lugar de someterse o rebelarse, prefirieron someterse y rebelarse (Echeverría, 1998/2000, p. 181). Optaron por ambas y por ninguna a la vez. Esto “consistía justamente en una ‘elección del tercero excluido’, en un salto a un terreno histórico diferente, en el que esa alternativa perdía su razón de ser” (Echeverría, 1998/2000, p. 181). Entre europeizarse o americanizarse/africanizarse, prefirieron “amefricanizar” lo europeo; es decir, eligieron mestizarse.

Las/os conquistadas/os dieron inicio entonces a un “proyecto de creación de ‘otra Europa, fuera de Europa’”: de re-constitución europea en América, sobre la base del mestizaje (Echeverría, 1998/2000, p. 50). Lo que se buscó no fue prolongar a Europa (someterse) ni volver al pasado indígena (rebelarse), sino alimentar el código europeo —el más viable, según Bolívar— con las ruinas del código prehispánico y con los restos de los códigos africanos de los esclavos traídos a la fuerza (Echeverría, 1998/2000, p. 82).<sup>11</sup>

De igual manera que el arte barroco con los cánones clásicos, las/os dominadas/os sobrexigieron de tal forma al universo de significados europeo que lo terminaron llevando más allá de sí mismo, metamorfoseándolo, creando algo enteramente nuevo (Echeverría, 1998/2000, p. 60). Desdibujaron los contornos culturales, diluyeron las fronteras simbólicas, posibilitando que los significados se mezclen y conformen nuevas constelaciones, nuevas lógicas. Los universos de sentido pierden su calidad de Verdad Absoluta (se blasfeman las ortodoxias) y el mundo de la vida se teatraliza: cada escena y cada personaje se van constituyendo de distintos retazos culturales. Dando nacimiento, en definitiva, a Nuestramérica.

Esto les permitió reinventar tanto las culturas conquistada y conquistadora, sin necesidad de optar por una de ellas. A través del mestizaje,<sup>12</sup> pudieron “hacer que el código vigente, que les obliga a la aquiescencia, les permita sin embargo decir “no”, afirmarse pese a todo, casi imperceptiblemente, en la línea de lo que fue su identidad” (Echeverría, 1998/2000, p. 56). Desrealizaron, en un sentido, el sometimiento a Europa<sup>13</sup> y dieron forma a un nosotros/os distinto, trascendente de ambivalencias.<sup>14</sup>

En fin, la idea del ethos barroco (nuestr)americano planteada por Bolívar Echeverría puede servirnos para construir una plataforma discursiva que asiente la identificación cultural de nuestra región. Pensarnos como una obra de arte barroca, donde la exuberante decoración indígena y africana logra envolver, sacudir y trastocar la definición europea (y viceversa, dependiendo la región), nos ayuda a marcar nuestra diferencia y a delimitar nuestra existencia en el mundo. Nos permite, precisamente, aplicar el método barroco: desrealizar el hecho de la balcanización nacionalista de América Latina y el Caribe y crear una realidad-otra dentro de la actual, un teatro nustramericano que se despliegue y vaya creciendo de a poco, hasta el punto de llegarlo a confundir con la realidad cotidiana. El ethos barroco puede alzarse como otra de las posibles herramientas para hacer lo que nos viene pidiendo Francisco Bilbao desde mediados de siglo XIX: “Unificar el alma de la América. [...] Unificar el pensamiento, unificar el corazón, unificar la voluntad de la América” (Bilbao, 1856/1978, pp. 5-6).

## Bibliografía

- Bilbao, F. (1856/1978). *Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas*. México: Centro de Estudios Latinoamericanos - UNAM [Recuperado de: [http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/2947/03\\_CCLat\\_1978\\_Bilbao.pdf?sequence=1&isAllowed=y](http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/2947/03_CCLat_1978_Bilbao.pdf?sequence=1&isAllowed=y)].
- Echeverría, B. (1998/2000). *La modernidad de lo barroco*. México: Ediciones Era.
- Martí, J. (1891/1992). Nuestra América. En J. Martí, *Sus mejores páginas* (págs. 87-93). México: Porrúa.

---

<sup>11</sup> No estaremos del todo de acuerdo con este “desliz eurocéntrico” de nuestro filósofo. La mayor o menor “viabilidad” de los códigos culturales cambia según la región. Existieron zonas de Nuestramérica en donde el universo de sentido americano (o africano) era mucho más fuerte que el europeo y, por lo tanto, fue tomado como base para la reinterpretación barroca.

<sup>12</sup> “Proceso semiótico de codigofagia” en el que se trasciende tanto la forma cultural propia como la ajena, “para que ambas, negadas de esta manera, puedan afirmarse en una forma tercera, diferente de las dos” (Echeverría, 1998/2000, pp. 51, 25). En este caso podemos pensar a la Malintzin o Malinche como metáfora del mestizaje nustramericano: una intérprete que intentó convertirse en sustituto de los interlocutores que traduce, creando “una lengua tercera, una lengua-puente, que, sin ser ninguna de las dos en juego, siendo en realidad mentirosa para ambas, sea capaz de dar cuenta y de conectar entre sí a las dos simbolizaciones elementales de sus respectivos códigos” (Echeverría, 1998/2000, p. 22).

<sup>13</sup> Así como el *ethos barroco* había desrealizado el sometimiento del valor de uso al valor de cambio, teatralizando la contradicción capitalista.

<sup>14</sup> Sin embargo, no se debe olvidar que este proceso de mestizaje barroco estuvo forjado por la lógica colonial, reproduciendo con ella sus lógicas de dominación y privilegio. La situación de empate radical de la que habla Bolívar se da sólo en el “largo” siglo XVII (fines de siglo XVI - mediados del XVIII) de los territorios americanos colonizados por España y Portugal (por eso la singularidad nustramericana). No obstante, a partir de entonces la posición europea se irá progresivamente fortaleciendo; y, con ella, la *colonialidad* en la definición de Nuestramérica. No vamos a negar, por lo tanto, las relaciones de dominación racial que siguen hegemonizando nuestras relaciones sociales.